



Llevar a los demás a Jesucristo.

31/01/2011

Evangelio

Del santo Evangelio según san Marcos 5, 1-20.

En aquel tiempo, después de atravesar el lago de Genesaret, Jesús y sus discípulos llegaron a la otra orilla, a la región de los gerasenos. Apenas desembarcó Jesús, vino corriendo desde el cementerio un hombre poseído por un espíritu inmundo, que vivía en los sepulcros. Ya ni con cadenas podían sujetarlo; a veces habían intentado sujetarlo con argollas y cadenas, pero él rompía las cadenas y destrozaba las argollas; nadie tenía fuerzas para dominarlo. Se pasaba días y noches en los sepulcros o en el monte, gritando y golpeándose con piedras.

Cuando aquel hombre vio de lejos a Jesús, se echó a correr, vino a postrarse ante Él y gritó a voz en cuello: «¿Qué quieres Tú conmigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te ruego por Dios que no me atormentes».

Dijo esto porque Jesús le había mandado al espíritu inmundo que saliera de aquel hombre. Entonces le preguntó Jesús: «¿Cómo te llamas?» Le respondió: «Me llamo Legión, porque somos muchos». Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca.

Había allí una gran piara de cerdos, que andaban comiendo en la falda del monte. Los espíritus le rogaban a Jesús: «Déjanos salir de aquí para meternos en esos cerdos». Y Él se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y todos los cerdos, unos dos mil, se precipitaron por el acantilado hacia el lago y se ahogaron.

Los que cuidaban los cerdos salieron huyendo y contaron lo sucedido, en el pueblo y en el campo. La gente fue a ver lo que había pasado. Se acercaron a Jesús y vieron al antes endemoniado, ahora en su sano juicio, sentado y vestido. Entonces tuvieron miedo. Y los que habían visto todo, les contaron lo que le había ocurrido al endemoniado y lo de los cerdos. Ellos comenzaron a rogarle a Jesús que se marchara de su comarca.

Mientras Jesús se embarcaba, el endemoniado le suplicaba que lo admitiera en su compañía, pero Él no se lo permitió y le dijo: «Vete a tu casa a vivir con tu familia y cuéntales lo misericordioso que ha sido el Señor contigo». Y aquel hombre se alejó de ahí y se puso a proclamar por la región de Decápolis lo que Jesús había hecho por él. Y todos los que lo oían se admiraban.

Oración introductoria

Dios mío, Tu misericordia es eterna. A pesar de mi debilidad e infidelidad, dame hoy la gracia de conocerte más para poder crecer en el amor.

Petición

Señor, que no pase este día como si Tú no tuvieras nada que ver en mis decisiones, quiero responder a tu amor.

Meditación

«El gran patrono de los educadores, san Juan Bosco, recordaba a sus hijos espirituales que 'la educación es cosa del corazón y sólo Dios es su dueño' (*Epistolario*, 4, 209). En la obra educativa, y especialmente en la educación en la fe, que es la cumbre de la formación de la persona y su horizonte más adecuado; es central en concreto la figura del testigo: se transforma en punto de referencia precisamente porque sabe dar razón de la esperanza que sostiene su vida, está personalmente comprometido con la verdad que propone. El testigo, por otra parte, no remite nunca a sí mismo, sino a algo, o mejor, a Alguien más grande que él, a quien ha encontrado y cuya bondad, digna de confianza ha experimentado. Así, para todo educador y testigo, el modelo insuperable es Jesucristo, el gran testigo del Padre (...).

Por este motivo, en la base de la formación de la persona cristiana y de la transmisión de la fe está necesariamente la oración, la amistad personal con Cristo y la contemplación en Él del rostro del Padre» (Benedicto XVI, 6 de junio de 2005).

Reflexión apostólica

«El Movimiento invita a todos sus miembros a esforzarse por vivir la santidad en el estado de vida y las responsabilidades personales, familiares y profesionales que les incumben. Para ello les ofrece algunas pautas u orientaciones que les ayuden a transformar en camino de santificación las diversas circunstancias y situaciones de su vida» (Manual del miembro del *Regnum Christi*, n. 275).

Propósito

Hacer hoy especial oración y sacrificio por mis parientes más alejados de la fe, de la Iglesia y de los sacramentos.

Diálogo con Cristo

Jesús, te pido el milagro de curarme de todo aquello que me impida ser humilde para ponerme al servicio de los demás. Ayúdame a amar a todos en Ti, desde Ti y por Ti, como Tú. Dame un amor que se haga vida y misión, sobre todo un amor que se haga caridad hacia los demás.

«Debemos luchar para levantar al caído, para ser misericordiosos con las almas que tienen la desgracia de apartarse alguna vez del buen camino, debemos luchar para saber siempre como el buen samaritano, curar las heridas que el dolor y el odio vayan haciendo en el corazón de nuestros hermanos»

(*Cristo al centro*, n. 1448)